

HABLA ZAMORA *

Zamora resulta un libro atípico dentro del panorama habitual de publicaciones que el ámbito universitario de investigación de una época ofrece. En primer lugar, porque combina, a través de sus páginas, el trabajo de investigación histórica que aporta fechas, datos y nombres documentados, con las fórmulas narrativas literarias, un tanto suavizadas. De este modo, se ofrece a los lectores la doble visión que desde el punto de vista de la historia debe sugerir. Por un lado esa recopilación de datos, grueso de la información «más objetiva» que un historiador es capaz de recabar. Por el otro, las emociones, los sentimientos y pensamientos que dominaron anónimamente los nombres y personajes que pueblan las páginas que se le ofrecen al estudio histórico en forma de fuentes originales. Segundo, porque coge esas mismas individualidades e intenta asignarles esa psicología, ese temperamento, que las fuentes, propias y ajenas, benignas y vilipendiadoras, le atribuyen. Cada uno de esos nombres parecen sucederse de forma informe en las fuentes, pero, con la mirada posterior, como la del historiador, adquieren cuerpo, cara, voz y personalidad. Los estudios y análisis de individuos resultan de recurrente presencia en los últimos años, dentro del panorama bibliográfico, si bien antes ya resultaban habituales aunque con fines más literarios, en forma de biografías. Pero es precisamente la extensión y paso de la biografía al campo de la Historia lo que ha servido para desterrar algunos viejos prejuicios, aspecto renovador éste en el que la autora está especialmente interesada. Otra observación sería el propio método de trabajo seguido, en función tanto de esa especial característica del libro como de las interrogantes planteadas para su análisis. Enfatizan la visión propia del campesino al llegar a la ciudad, los sentimientos de los habitantes del monasterio o los rasgos de la personalidad que más destacables serían del obispo.

La localización, geográfica y temporal, no resultan tampoco inocentes. Primero, porque Zamora ocupa un importante papel en los principales procesos que tuvieron lugar en la península ibérica en la Edad Media, como la reconquista o la repoblación, destacando además su protagonismo en el relato del Cid. El tiempo, la Edad Media y los siglos «de tránsito» hacia una nueva época, subrayan los importantes cambios y a veces, convulsas transformaciones, a las que se vio sometida la sociedad medieval. En los primeros dos capítulos del libro, «El tiempo profano. La ciudad» y «Actividades profanas», se hace justamente una presentación del escenario principal de la acción, la ciudad de Zamora, y dos del conjunto de personajes que irán acompañando al lector en la explicación de la misma en época medieval, Juan y Gonzalo. El primero reside en la ciudad, mientras que el segundo realiza una visita desde el ámbito rural, llevándose a cabo una visita a la ciudad, guiada por Juan. La actividad económica, desplegada en forma de distintos oficios, el organigrama social, encabezado por la nobleza urbana y las autoridades eclesiásticas, y seguidos muy de cerca por los grupos «burgueses», la

* M.^a LUISA BUENO DOMÍNGUEZ, *Dejando hablar a la Edad Media. Entre lo real y lo imaginario. Zamora*, 2.^a ed. revisada y aumentada. Editorial SEMURET, Zamora, 1999, 239 pp.

marginalidad y conflictividad social, o el concejo como poder político y representativo de la ciudad, nacido específicamente en su seno y de sus componentes, la distribución de la sociedad dentro del área de la ciudad,... serán aspectos que surgirán a lo largo de la lectura de esos dos primeros capítulos, poniendo de relieve particularmente el conjunto de sensaciones y emociones que cada uno de estos hechos despertaba. Los hombres contemporáneos no permanecerían indiferentes a la ciudad, sino que, muy al contrario, espoleados por el pensamiento religioso o la naciente moral laica, la teorizarían y alabarían o la denostarían como medio ambiente propicio para el desarrollo humano. El visitante a la ciudad, así como el habitante de la misma, se vería inmerso, pues, en todas estas reflexiones, siendo sus vivencias también una parte palpable del estudio histórico.

En el segundo capítulo «El tiempo de Dios: la catedral» se analiza, a través del propio relato proporcionado por el personaje, de manera casi autobiográfica, la figura del Obispo y la Iglesia en Zamora en este momento, y de esta manera, la influencia e importancia de las estructuras y personajes eclesiásticos en la ciudad medieval. El Obispo, que asume el poder y la responsabilidad de su cargo con la plena conciencia de contar con la segura aprobación de la población, se muestra básicamente como una figura omnipotente, orgullosa y sabedora del bien que, con su tarea, realiza al cuerpo social medieval. En el examen de sus actos y beneficios no existen apenas márgenes para la crítica, el error o la censura, puesto que todas las palabras vertidas en contra del clero por el común o por otros nobles no son más que productos de una visión contaminada de perjuicios y poco meditada. Como reflejan las reflexiones en el libro, el obispo, dentro de la Iglesia, se concibe como pieza absolutamente indispensable en el funcionamiento y la salud del cuerpo social medieval, percibiendo en ocasiones la necesidad de un mayor agradecimiento por parte de esa población a la que, gracias a su persona, reconduce por el camino del bien y la salvación, frente a la inercia natural de la mente humana a la caída en la corrupción por mano del diablo. El obispo, frente al sentimiento religioso más introspectivo y propio del monasterio, simbolizaría la extensión de la tutela y cuidado religiosos al conjunto de creyente, bajo los severos preceptos de una gran exigencia de moral y rectitud.

En el capítulo titulado «Vidas privadas» se presenta, valga la redundancia, el ámbito más privado de los hombres y mujeres medievales, ya sea a través de la elección de una vida en el ámbito de lo profano, que correspondería al matrimonio, ya fuera en el ámbito de Dios, el monasterio. Esta disyuntiva, la vida laica o religiosa, surgía en una gran parte de la población medieval, presentando la vida monacal, con el paso de los siglos, una opción más atractiva, ya que a la progresiva relajación de las reglas monásticas habría que unir las garantías de vida que ofrecía la unión a la comunidad monástica. La adhesión o no a la vida religiosa dependió en muchos casos exclusivamente de las posibilidades materiales del individuo, y no de la vocación religiosa. El matrimonio y el monasterio no ponen tan sólo en contacto con dos de las instituciones fundamentales y muy representativas de los tiempos medievales, sino a través del análisis individualizado de sus componentes, como ocurre en el libro, se realiza una aproximación a esa parte de los acontecimientos y personajes históricos que en circunstancias normales queda oculta o es sólo manifestable por los textos literarios, como son los sentimientos. El rol de sometimiento y carga negativa que el «ser mujer» conlleva es muy adecuadamente representado por la institución matrimonial. Como se encarga de reseñar el capítulo, la mujer ocupa, desde su misma concepción teológica, una posición sumamente desfavorable en la sociedad medieval, debiendo de estar, por

estas mismas prescripciones religiosas tutelada constantemente por la figura del hombre. La mujer es, desde su misma raíz, un ser tendente a resaltar y simbolizar, dentro del armonioso cuerpo social querido por Dios, el desequilibrio, la corrupción o el enviciamiento de la naturaleza del hombre, la corporeización de la concupiscencia, la lascivia o la indiscreción, de ahí el enorme peligro que supone dejarla a su libre albedrío.

La segunda parte del capítulo es la que se refiere al otro modo de vida contemplado, radicalmente diferente a la laica, y narrada a través de un monje que, en las puertas de la muerte, recuerda en retazos cuales fueron, son y serán algunos de los pensamientos, angustias, ilusiones, temores y sufrimientos que la vida en el monasterio conllevan, realizando además un recorrido mental por los principales puntos de organización de la institución monástica, sus espacios, su gobierno y los integrantes del mismo. El monasterio elegido para la evocación es el de Santa María de Moreuela. La mayor dureza de la vida monacal no venía sólo proporcionada por los factores externos, sino que estos actuaban como reforzadores del verdadero escenario que mueve la vida del monje: su interior. Es el recorrido por los puntos fundamentales de la regla monástica, como son los votos de silencio, pobreza, obediencia o castidad, junto a las duras condiciones físicas que conforman el medio ambiente del habitante del monasterio como quedan resaltadas las sensaciones y sentimientos que invaden al monje a lo largo del desarrollo de su vida monástica: el miedo, el dolor, la angustia, la desesperación, el ansia de amar (y ser amado), la alegría, el goce, la nostalgia, la esperanza, el convencimiento, la vergüenza, la sorpresa, la duda, la superación o la soledad y que no hicieron la elección de esta vía fácil, aún para aquellos que encontraban en ella el aseguramiento de un techo y un plato de comida. Mujeres y monjes, los verdaderos actores de este capítulo, quedan en buena parte como protagonistas anónimos de la Edad Media, y aún así tan importantes y trascendentes en el desarrollo posterior de la época, al margen de reyes, nobles, obispos o papas.

El último de los capítulos, «Los que hablaron», se ocupa de dar nombres y apellidos a los protagonistas anónimos, o a veces no tanto, iluminando personalidades y figuras que fueron de especial importancia en la sociedad zamorana plenomedieval y que tuvieron, mediante sus actos o mediante el despliegue de ese mismo carácter, una especial relevancia en los sucesos posteriores. En un segundo momento saldrá el episodio del Monasterio de las Dueñas y lo que supuso tanto para el posterior desarrollo de la historia eclesiástica y monacal zamorana como por el enfrentamiento que con la autoridad obispal suscitó. Aunque los sucesos de las Dueñas pueden ser vistos como una tajante transgresión de la regla monástica, particularmente en lo que se refiere al mantenimiento de la castidad y una manifiesta inflexibilidad para adaptarse a la rigidez moral que exigía la vida en el claustro, el libro se esfuerza en presentarlo de manera distinta. Expone más esta lucha como un ansia imperiosa, por parte de estas mujeres, de dar salida a su deseo afectivo y a sublevarse contra la autoridad masculina, en un intento de buscar un verdadero espacio de liberadora autonomía. En el episodio de las Dueñas no se solventarían únicamente la preferencia de una jurisdicción episcopal o dominica sino también la propia voz de las mujeres a la hora de decidir sobre el destino y papel que se les había asignado. Santa María de las Dueñas significó la abierta oposición a continuar favoreciendo la extensión de la personalidad de Don Suero y su supremacía sobre todas las instituciones eclesiásticas de la diócesis zamorana, colocando al conjunto de representantes de las mismas en la desagradable situación de verse amenazadas en su capacidad de hacer valer esa misma autoridad y de ofrecer, en el caso

de que la reacción fuese demasiado tibia, una imagen de debilidad o permisividad a este tipo de desmanes. El episodio, aunque alejado de las declaraciones heréticas, si que se encuadra en una clara desobediencia política y moral en beneficio de una institución concebida como bastante más hermanada con el sentimiento que gufa al monasterio de las Dueñas, y muestra como ni siquiera la autoridad de Don Suero, obispo tenido por uno de los más poderosos, amenazantes pero también carismáticos, resulta incontestable y como, a pesar de la expulsión y excomulgación de las mujeres, estas lograron en buena forma sus propósitos; por un lado, y dada su exclusión de la comunidad monasterial, llevaron a cabo una intensa campaña de desprestigio y mancilla del monasterio y de su valedor, el propio obispo. El desafío planteado en las Dueñas se dirige además en otro sentido, ya que los encuentros sexuales que llevaron a cabo las monjas con los dominicos, y la libertad con que estos circulaban por el monasterio en busca de su compañera da pie a hablar también del amor clandestino, vivido en este caso con unas plenas ansias de libertad, no observando, ni el hombre ni la mujer, ninguna de las prescripciones que prohibía el amor en los ambientes monásticos, excepto el consagrado a Dios. Es más, a través de los testimonios de las monjas se puede reconstruir el lento ritual del ceremonial amoroso que se llevaba a cabo en la enfermería y que los implicaba en el amor profano, y no en el divino.

Dejando hablar a la Edad Media... se inscribe en parte en las nuevas tendencias que la historiografía, y los estudios históricos, están adoptando, ofreciendo no sólo un mayor atractivo sino también unas mayores posibilidades de divulgación, como ocurriría con la microhistoria o la recuperación de la narrativa como nuevas formas, pero igualmente legítimas, para llevar a cabo el análisis y la comprensión de un hecho histórico. El libro va analizando, a partir de sus diferentes pasajes, episodios y protagonistas, los rasgos fundamentales que dibujan el panorama de la ciudad pleno y bajomedieval ya sea en la península (y específicamente en el ámbito castellano-leonés, connotado de una serie de particularidades a su vez muy características) como de la dinámica general en la que se encuentran inscritas las ciudades medievales que, independientemente de su localización geográfica, si tienen una serie de factores en común. La ciudad no sólo sería, a partir de los siglos plenomedievales, el centro económico por excelencia, convirtiéndose en el polo dinamizador principal de las actividades productivas tanto en los espacios urbanos como rurales (dando lugar a la dependencia de las áreas rurales circundantes) sino también político (con el avance y recuperación del poder real en detrimento de las estructuras feudales y el poder señorial) y cultural, al hacer su aparición la figura del intelectual o una demanda de objetos que, como los libros, servían de vehículo a esa misma cultura, anteriormente recluida en los monasterios. Es de esta manera como el libro va desglosando, a través de sus páginas, los rasgos y características más esenciales de la ciudad medieval peninsular, y por extensión, occidental, aunque ubicando el nivel de análisis a la altura del propio lector, proponiendo por tanto una vía para el acercamiento y profundización en el conocimiento de la Historia muy distintos a los utilizados ordinariamente. La descripción de la organización de la ciudad o la comprensión de las bases ideológicas y mentales de la sociedad medieval (que se clarifican en las grandilocuentes palabras del obispo) se realiza intentando, mediante la colocación de personajes concretos que desarrollen la acción, buscar la complicidad de ese lector. En el caso de otros acontecimientos, como el de Santa María de las Dueñas, la cercanía de los comportamientos resulta enormemente transgresora y contraria a lo establecido socialmente, pero a la vez, moderna y afanosa por la búsqueda de un espacio de protagonismo y autonomía de la mujer. Esa miscelánea, de lo gene-

ral y lo particular, de lo universal y lo cotidiano compone el espíritu del libro, en el que hay que tener en cuenta el propio personalismo y subjetividad de cada persona como sería el adagio final de la misma obra, la 2ª edición corregida y aumentada evidencia, sin lugar a dudas la buena acogida de la obra.—AUSIAS MARCO WEGNER

ORDENACIÓN MEDIEVAL DEL TERRITORIO DE MADRID

El protagonista central del libro de Carlos Vera¹ es el territorio del antiguo concejo de Madrid. El análisis se articula en torno a cinco grandes líneas de investigación: a) la reconstrucción del poblamiento; b) la evolución de la red de asentamientos; c) la dinámica espacial de los habitantes de la Tierra; d) la política territorial del concejo; y e) los conflictos provocados por la señorialización de la Tierra y la respuesta que da el órgano político concejil a este fenómeno. El poblamiento es analizado como una realidad sometida a cambios en el tiempo por la intervención de diversos factores. A medida que se va reconstruyendo la red de poblados se estudian las transformaciones que se operan en su estructura y composición. El libro se estructura en dos partes correspondientes a las sucesivas fases de la evolución del poblamiento bajomedieval. La primera iría de mediados del siglo XIV a mediados del siglo XV, y la segunda desde esta última fecha a principios del siglo siguiente.

El libro de Carlos Vera constituye una de las últimas aportaciones al estudio de la organización del territorio de los concejos castellanos en la Baja Edad Media, y particularmente al de Madrid. En sentido amplio, este trabajo se englobaría dentro de dos grandes corrientes de la historiografía castellana actual, ambas vinculadas a la historia social: la dedicada al estudio de la organización social del espacio y la centrada en el análisis de la Tierra y el señorío de los concejos. Estos temas han gozado de una amplia aceptación de los años 80 hasta hoy, baste citar las valiosas aportaciones teóricas y metodológicas de los pioneros como Estepa Díez, García de Cortázar y Ángel Barrios García, centradas más en el análisis de las unidades de organización espacial en la Edad Media, y los estudios sobre concejos o ámbitos territoriales concretos como los de Martínez Sopena para la Tierra de Campos, Martínez Moro y María Asenjo González para Segovia, Hilario Casado para la comarca de Burgos, Diago Hernández para Soria, los del mismo Barrios García para Ávila, Castillo Gómez para Alcalá de Henares... y, más recientemente, los estudios de Sánchez Benito sobre Cuenca y Rodríguez-Picavea sobre las encomiendas de la Orden de Calatrava en la meseta meridional.

En general se trata de trabajos cuyo objetivo último es el estudio de las formaciones sociales medievales, pero que tienen en común el tratar de una manera u otra, con mayor o menor peso, el espacio como soporte de la realidad humana y productiva en que se asientan las relaciones sociales, y como ámbito donde se despliegan los mecanismos de poder. En este sentido, se suelen desarrollar aspectos tales como el paisaje agrario y

¹ CARLOS MANUEL VERA YAGÜE, *Territorio y población en Madrid y su tierra en la Baja Edad Media. La señorialización del espacio madrileño y la repoblación concejil «Antiseñorial» en los siglos XIV a XVI*. Madrid, A.C. Al-Mudayna, 1999.